

El arte del saber ligero. Una breve historia del exceso de información

Xavier Nuño (2023)

Madrid: Siruela

Al igual que casi cualquier fenómeno cultural contemporáneo, el exceso de información no es un hijo exclusivo de nuestro tiempo, por mucho que esta era se haya afanado en hacer del *horror vacui* informativo y comunicativo uno de los pilares de la sociedad digital. De esa localización genética exacta trata la breve historia, escrita por el investigador catalán Xavier Nuño, de las bibliotecas hiperpobladas, del caudal imparable de publicaciones, de la demasía, en resumen, de datos que ha condicionado tanto el conocimiento como su acceso y su difusión desde que el mundo es libro (o desde que es «contenido», como habría que ajustar la semántica actualmente).

Como toda genealogía escueta que se precie, Nuño jalona su relato a partir de cinco hitos paradigmáticos y temáticos que, en su singularidad específica, habilitan a comprender su importancia si se extrapolan a un plano general histórico. Así, los capítulos se estructuran con el siguiente desarrollo: los esfuerzos por conservar y por rescatar lo que está en peligro; el trabajo de reescritura, reciclaje y apropiación «con tijeras» de los contenidos pasados y ajenos, que remite irremediabilmente al *bricoleur* de Lévi Strauss y que tiene su traducción posmoderna en los prosumidores transmedia actuales y su herramienta predilecta, los memes; la iconoclasia de quienes abogaban por la reducción productiva de información, que

celebraban la destrucción de la biblioteca de Alejandría y celebrarían un colapso mundial de la *nube*; el debate cívico y filosófico en torno al lugar y la significación de las bibliotecas y las bases de datos; y el *amateurismo* de quienes escriben una narrativa paralela y que representa a la perfección ese «saber ligero», personal y subjetivo.

Y como toda historia que se precie, hecha irremediabilmente desde el presente, el punto de partida no corresponde a la capa de pasado más profunda, sino a dos efemérides mucho más cercanas y tecnificadas: el descubrimiento del código genético del ADN y la escritura de una página de libro a escala 1/25.000 con un haz de electrones. De este modo, a través de esos dos ejemplos, el autor enuncia la tesis que apuntaba al principio: si hoy tenemos problemas y preocupaciones para gestionar la información y su supervivencia material y abstracta es porque (casi) siempre los tuvimos. En las propias palabras del autor, «debido a la generalización del acceso al conocimiento, todos y cada uno de nosotros somos víctimas de este mal que nació en las bibliotecas de la Antigüedad y se ha extendido al ritmo que se sucedían las revoluciones en los medios de reproducción» (p. 27).

En esa misma línea, ese presente que se requiere para construir un relato histórico descansa en la base ideológica y filosófica del ensayo: la reflexión en torno a la pulsión *bibliotequesca* y archivística va de la mano de una «obsesión por el pasado» (p. 21) que nubla el horizonte futuro de quienes enarbolan la *hybris* por preservar absolutamente todo lo que nos antecede. A ese respecto, además de la literatura y la escritura, de esa nostalgia se puede establecer una conexión con ciertas derivas contemporáneas en otros campos de la

creación y la producción. Con todo, habría que determinar hasta qué punto esa recursividad no es otra cosa que una excusa sofisticada para enmascarar una simple ecología crematística de la cultura.

Por tanto, aunque la biblioteca y el libro sean continente y contenido primordial, tanto dentro como fuera del texto, su valor simbólico se extiende a otras manifestaciones tecnológicas y comunicativas, con las que Nueno abre, cierra y cose el relato a lo largo y ancho de sus páginas. Ha lugar a vincular esta apología con el tan cacareado *slow journalism* (el cual no deja de ser el periodismo de calidad de siempre), con la curaduría audiovisual, incluso con el rechazo activo del saber, si atendemos al capítulo 4 ya comentado. Si es ingente la cantidad de papel entintado sobre cualquier tema imaginable, piénsese en la abrasiva y profusa producción audiovisual y digital de las televisiones, los medios de comunicación, las cinematografías e Internet. Más que nunca en la historia, el individuo es y debe ser crítico si desea sobrevivir al ruido informativo. Pero no en el sentido de enjuiciar, sino de escoger, de decantarse, de sacrificar, ahogado en el caudal imparable de la información. Por ese motivo, la breve historia de Xavier Nueno sirve también a modo de manual de instrucciones o de guía para no perderse en la peligrosa aventura del saber.

En este libro lleno de libros, lleno de citas, libro que «contribuye» precisamente

a la cuestión de la que trata, Nueno aprovecha esa paradoja conceptual para defender el formato clásico frente a nuevas formas de producción y de consumo de lo efímero y lo telegráfico. Ese posicionamiento lo extiende asimismo al mundo universitario, mediante una pertinente referencia a Roland Barthes, ya preocupado en los 70 por la perpetuidad productiva del investigador académico. Pese a que cada vez haya menos espacio en las bibliotecas y en las cabezas, y quizás esos pocos huecos se llenen a veces de obras irrelevantes para el conocimiento, *El arte del saber ligero* ocupa un lugar significativo y meritorio entre las apretadas signaturas de los archivos y de las mentes. Su puesta sobre la mesa, más o menos en igualdad de condiciones, de las visiones positivas y negativas del fenómeno no debería conducir a etiquetar este libro y su autor como una imparcialidad que suspende el juicio. Al contrario, esta estructura plural, ajena a todo maniqueísmo o neutralidad, no responde sino al ofrecimiento abierto al lector para que se posicione. Decisión de cada uno será el estar y leer el mundo como Umberto Eco en su laberíntica biblioteca. O de ser selectivo y reducir cada vez más el saber, leyendo menos y pensando más, como Quevedo: *con pocos pero doctos libros juntos*.

Víctor Iturregui-Motilloa
Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea
(UPV/EHU)